

**Alexander Jiménez, El imposible país de los filósofos,
San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002 + 309 páginas.**

Johnny Azofeifa V.

Como parte de ese esfuerzo que desde finales de los años setenta han venido haciendo una serie de estudiosos de las ciencias sociales por desentrañar nuestros orígenes y la verdadera condición de nuestro país, se presenta el siguiente trabajo, del joven y brillante filósofo y académico de nuestra Alma Mater Alexander Jiménez Matarrita. Publicado en el año 2002, fruto de su tesis de Doctorado en Filosofía en la Universidad de Salamanca, España, se hizo acreedor al premio de ensayo Aquileo J. Echeverría del mismo año.

Organizado en un prólogo (La organización de este libro), una primera parte (Discurso filosófico y construcción de la nacionalidad): Capítulo I (Estudios filosóficos en Costa Rica), Capítulo II (Nación., Nacionalidad y Ciudadanía), Capítulo III (Escrituras, Metáforas, Imaginarios), una segunda parte (Metáforas de la Nacionalidad): Capítulo IV (Usos metafóricos), Capítulo V (Metafórica Liberal), Capítulo VI (Metafórica Nacional, Étnica y Metafísica), una especie de conclusión final (Asuntos finales para otros comienzos) y la bibliografía.

El prólogo a cargo de su tutora, la Dra. M.T. López de la Vieja de la Torre, de la Facultad de Filosofía de Salamanca, señala el aporte del libro en tanto:

“Conocer como fue realmente la Historia, por qué hubo unanimidad en el error, por que los prejuicios han sido capaces de resistir el paso del tiempo y el contraste con lo real, son algunas de las cuestiones que resuenan en el libro del Profesor Jiménez. Matarrita” (P,15).

Al referirse a la cuidadosa y documentada reconstrucción de los lazos entre Filosofía y

discurso nacional, se enfatiza el escrutinio crítico del principio étnico de nacionalidad:

“Así lo demuestran las metáforas y las narraciones analizadas en este libro: homogeneidad, blanca pobreza igualitaria, destino democrático, racionalidad de la organización social, la “idiosincrasia costarricense”, permanencia de lo español, autosuficiencia, geografía sin excesos, etc.” (P, 16).

En “La organización de este libro”, el autor señala que:

“El primer capítulo presenta un conjunto de datos e ideas acerca de la institución filosófica costarricense”. Asimismo, describe los lugares públicos ocupados por los filósofos costarricenses y el horizonte político frente al cual pueden ser interpretados sus trabajos. El segundo capítulo enuncia los momentos más significativos de la invención de Costa Rica como una nación moderna y presenta deslindes conceptuales entre comprensiones de la nacionalidad, la ciudadanía y los derechos. El capítulo tercero incluye una reflexión en torno al concepto de metáfora, imaginario y narración”.

“Los tres capítulos que componen la segunda parte del libro distinguen y relacionan las principales metáforas utilizadas por esos filósofos en sus textos. El Capítulo cuarto reconsidera los alcances de la metáfora como instrumento de análisis del discurso nacionalista y enuncia las orientaciones fundamentales de la metafórica nacionalista en Costa Rica. El Capítulo quinto presenta los rasgos centrales de la metafórica

nacionalista de los liberales costarricenses del siglo XIX. En especial explica los usos de la metáfora de la blancura como una metáfora esencial en el proyecto liberal. Por último, el capítulo sexto se detiene en la consideración de los conjuntos más o menos articulados de metáforas que los filósofos costarricenses, trabajaron en textos publicados durante los primeros años de la segunda mitad del siglo XX" (P, 20).

Al referirse a las relaciones entre Discurso y nación, Jiménez, enfatiza como el relato legitimador de la nación costarricense, evidencia lo que llama: "nacionalismo étnico metafísico, es el modo como la absorción de narraciones, puestas en circulación progresivamente desde por lo menos cien años antes, sirve a un proyecto político supuestamente socialdemócrata" (P, 32). Asuntos tales como el aislamiento comercial, cultural y político de Costa Rica respecto al resto de las provincias centroamericanas durante la colonia, considerado causa y efecto de la singularidad de su sistema democrático, así como la supuesta homogeneidad racial de la población y a la progresiva desaparición de los indígenas, negros y mestizos en la historiografía nacionalista fundamentarían dicho relato con el cual se legitimó la historia social y política de nuestra nación.

Según el autor, dicho relato propone una mirada sesgada a los dilemas éticos y políticos de la convivencia social: "En el no aparecen nunca, con toda su complejidad, las contradicciones del desarrollo de la formación política costarricense. Al leerlo uno queda convencido de que Costa Rica es una esencia previa a lo social y a lo político" (p.33).

Agregando, como en los escritos de los nacionalistas metafísicos operan - nociones tan imprecisas como las de "alma nacional", "ser costarricense", "idiosincrasia costarricense", "ser de la nacionalidad", "patria esencial", o "esencia nacional". Términos que no eran extraños en intelectuales latinoamericanos y españoles de cierta tendencia conservadora. Advirtiendo, como en su uso indiscriminado y arbitrario, un buen grupo de intelectuales costarricenses creía percibir, sin embargo, un aporte racional y científico. Al referirse a los propósitos del libro, el autor

señala como el nacionalismo étnico metafísico construye una falsa universalidad:

"Da la espalda a las diferencias de clase, de género, de raza y a las condiciones materiales de existencia. Está constituido por metafísicos obsesionados con el "ser de al nacionalidad costarricense", Al final, terminan anulando las determinaciones históricas, políticas y sociales. Esta anulación de determinaciones conserva un cierto parecido con la dimensión abstracta de la noción de ciudadanía. Pero la semejanza es superficial e irrelevante". (p, 44).

Agregando a continuación como el carácter de falsa universalidad del nacionalismo étnico metafísico es patente la imposibilidad de sostener racionalmente su comprensión de los costarricenses como "varones racionales occidentales democráticos gracias a su blancura". Esta imagen, exitosa en las capas medias latinoamericanas, es un efecto más de los procedimientos de ficcionalización de la vida cotidiana moderna. A juicio de Jiménez, estos logran ocultar los lugares sociales desde los cuales se vive y se piensa. Los partidos políticos, intereses de clase, temores o deseos son enmarcados de universalidad cuando en realidad responden a intereses particulares. Esta impostura permite colocar el sentido de la vida social en torno a ejes abstractos e inmutables. Finalmente, al referirse al ámbito de estudio propuesto, el autor señala como "el corpus de textos interpretado, tanto como el conjunto de estudios y materiales utilizados para dicha interpretación, exceden el ámbito de la producción filosófica. Si los describo como un tipo de discurso filosófico es por estar inscritos en una red de interlocución propia de la tradición y de ciertas instituciones filosóficas. Esto ocurre a pesar de que muchas veces sus autores no sean filósofos profesionales y sus textos no sean propuestos explícitamente como filosóficos". (P, 46).

Es así como se analizaran, textos escritos por historiadores de la economía y del Estado, sociólogos, críticos literarios, narradores, teóricos de la política y del nacionalismo, en el entendido, en que estos textos terminan adquiriendo su significación gracias al vínculo establecido

con producciones escritas de manera consciente como filosóficas.

Metodológicamente, el autor, advierte como ha utilizado un tipo amplio de análisis discursivo y de interpretación histórica; simultáneamente, ha pretendido reflexionar, con una cierta libertad de método, es decir en el marco de eso que el filósofo alemán Manuel Kant llama la manera o *modus aestheticus*.

"Para llevar adelante la interpretación, he utilizado un cuerpo de metáforas y un cuerpo de argumentos. He intentado mantener la independencia del análisis filosófico respecto de las maneras de significar y referirse al mundo que son propias de la escritura literaria o poética". (P, 48)

Finalmente, concluye el autor, como el presente libro es una forma de empezar algo que ha sido desatendido durante mucho tiempo ya: la elaboración de imaginarios nacionales que no han hecho de Costa Rica una sociedad decente y solidaria -hospitalaria-

"En medio de mis incertidumbres y limitaciones, he querido cooperar con la idea de que este país amado pueda empezar a parecerse a lo que siempre ha debido ser" (P, 49).

En el primer capítulo, al referirse a los textos de ese discurso legitimador del nacionalismo étnico metafísico, el autor comprueba en primer lugar, como un trabajo asumido como filosófico y sociológico por sus mismos autores constituye en realidad un entramado ideológico legitimador de procesos históricos opresivos, donde la supuesta democracia costarricense es interpretada como resultado natural de una racionalidad asentada en los rasgos étnicos de los gobernantes, de los intelectuales y, de manera más vaga, en las características raciales de la población.

La segunda evidencia encontrada por el autor, es que el corpus estudiado expresa una carencia: en los textos de los nacionalistas metafísicos no aparecen categorías ni análisis sociales mediante los cuales se puedan comprender los límites del sistema político costarricense. Su orientación última es legitimar étnicamente, mediante un impropio lenguaje metafísico, un modelo político.

Al hacer una reseña de los principales estudios filosóficos llevados a cabo durante el siglo XX, Jiménez, resalta la labor de Constantino Láscaris como generador y posibilitador de este tipo de estudios. Al igual que otros nacionalistas étnicos metafísicos desde España bebieron una especie de "hispanismo maternal", que les llevaría a pensar desde una metafísica de la nacionalidad y desde una idea apologetica de la continuidad cultural y étnica con la "madre patria".

"Es el caso de Luis Barahona, José Abdulio Cordero, Guillermo Malavassi, Hernán Peralta, y Abelardo Bonilla, entre otros. De hecho, la primera edición de dos de los textos centrales del nacionalismo étnico metafísico fue publicada en España. Es el caso de El ser hispanoamericano, de Luis Barahona, publicado en Madrid en 1959, y de El ser de la nacionalidad costarricense, de José Abdulin Cordero, editado también en Madrid en 1964" (P, 62).

Rescata el autor, que sí bien Láscaris estuvo cerca de varios de esos filósofos e intelectuales, y escribió sobre ellos, amén a unas cuantas semejanzas, cuando intento pensar las estructuras básicas que conformaban la vida cotidiana de esa nación y el pensamiento filosófico que se había producido en ella, se movió en un horizonte de comprensión distinto al de aquellos. Sus trabajos apuntan al carácter histórico, diferenciado, y por tanto, susceptible de transformación, de la vida social y del pensamiento filosófico, y a la necesidad de pensar con cuidado lo que él llamo procesos vitales de convivencia. Resultado de ese afán interpretativo son varios libros y artículos, el más conocido de los cuales es El Costarricense.

Al respecto, al publicar en 1964, su Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica, el filósofo español de origen griego, además de constatar un incremento en la calidad y la cantidad de las publicaciones filosóficas, sostiene una tesis significativa: antes de los años cuarenta no ha existido en Costa Rica una filosofía con rigor técnico.

"Según él, es posible hablar de un trasfondo filosófico presente en la trayectoria intelectual

del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, pero hablando con propiedad, no hay allí un trabajo filosófico sistematizado, diferenciado e institucionalizado. En Costa Rica no existieron estudios filosóficos diferenciados e institucionalizados sino hasta la segunda mitad del siglo XX” (P, 66).

Interesantemente, en su Historia de la literatura costarricense, Abelardo Bonilla, menciona los dos primeros textos filosóficos publicados en Costa Rica. Con el título común de Lecciones elementales de las dos primeras partes de la filosofía: extractadas de varios autores para el uso de la Juventud de Costa Rica, Nicolás Gallegos Castropublicó en 1846 dos manuales con el propósito de utilizarlos en sus clases de Filosofía en la Universidad de Santo Tomás. El primero estaba destinado a la lógica y el segundo a la ética.

Al final de este primer capítulo, Jiménez destaca el avance y la madurez que a partir de la década de los 70s han tenido el discurso y el quehacer filosófico en la discusión de la lógica de los procesos conforme a los cuáles se ha configurado la sociedad costarricense, así como en la denuncia cómo esos procesos terminan produciendo formas degradadas de convivencia.

“Helio Gallardo, por ejemplo, utiliza la categoría de ladino para analizar ciertos procesos de las capas imaginariamente como “universales”, “occidentales” y “humanos” sin más. Este imaginario ladino está presente en prácticas estéticas, cognoscitivas y éticas, conforme a las cuales los sujetos de esas capas medias se sienten inscritos en un horizonte de vida asumido como exitoso. La forma de imaginarse a sí mismos no incluye las condiciones materiales de existencia. Tampoco las determinaciones económicas, étnicas, genéricas y culturales de su historia efectiva” (P, 75).

Anota el autor, como dicha conciencia ladina y la ilusión de homogeneidad a menudo forman parte de una estrategia de percepción cultural, presente sobre todo en nuestras capas medias Latinoamericanas que nombra como “nacionalismo universalizante”. Este designaría

la manera de resaltar y amplificar la particularidad étnica y cultural de ciertos sectores sociales de nuestro continente asimilándola a los rasgos de una racionalidad y blancura europeas asumidas como el máximo posible de humanidad.

“Ha sido la modalidad predominante de nacionalismo étnico metafísico costarricense y de ciertas formas de nacionalismo en Argentina, Uruguay, y Chile. Al “nacionalismo universalizante” puede oponerse otra modalidad estratégica que articula la diferencia étnica y cultural mediante patrones asumidos como irreductibles y no compartidos por otras formas de sociedad. En ese sentido, puede hablarse de un “nacionalismo particularizante” que ha sido la forma predominante de los nacionalismos tradicionales europeos. Sí se ahonda un poco en las metáforas y narraciones de los nacionalismos metafísicos se notará la presencia, con diversos grados, de las dos modalidades. Para resolver ciertas demandas de integración económica y política con los proyectos capitalistas ha funcionado mejor el Caribe, y para integrar a la población en tomo a los proyectos estatales, el “nacionalismo particularizante” ha sido el más utilizado” (P, 77)

Luis Camacho y -sobre todo- Giovanna Giglioli- serían otros de los autores mencionados por Jiménez en esta tesitura de temas ligados a las responsabilidades del análisis crítico filosófico. Particularmente, en el trabajo de esta última autora sobre los textos de los nacionalistas metafísicos no se encuentra desarrollada ni esclarecida la categoría de “identidad cultural”, en su lugar hay un uso excesivo del término “idiosincrasia”, cuya principal consecuencia ha sido una imagen deshistorizada de la vida social y cultural de los costarricenses. Lo que ha contribuido al escaso trabajo analítico sobre esa tradición literaria y filosófica.

El segundo capítulo está dedicado a un tema que desde distintas perspectivas y acercamientos constituye hoy uno de los ejes temáticos fundamentales de las Ciencias Sociales; cual es el de la llamada invención de la nación y de la subsecuente formación de nacionalidades y ciudadanías.

“En los primeros apartados describo las diferentes etapas del procesos de construcción de una nación y de una nacionalidad en Costa Rica . Además , ofrezco algunos datos generales de los principales actores y del discurso nacionalista específico de cada período. No se trata de un recuento histórico completo. Para ello harían falta materiales y procedimientos analíticos con los cuales no he contado. Por eso, este capítulo tiene unas pretensiones más modestas. tan sólo he tratado de dibujar el lugar particular en el cual viene a inscribirse el nacionalismo étnico metafísico” (P. 81).

Junto a lo anterior, el esfuerzo de Jiménez, estará enfocado en precisar el vínculo entre el vínculo entre el principio de nacionalidad y otros principios. Algunos apartados están dedicados a estudiar la relación histórica y conceptual entre los Estados, las naciones y las nacionalidades. En el entendido que dichas relaciones permitirá discutir algunos de los supuestos utilizados en la argumentación de los nacionalismos étnicos más duros: el carácter eterno, determinante y fatal de la nacionalidad, por ejemplo. Además, el capítulo intenta ayudar en el reconocimiento del carácter construido e inducido, y por lo tanto voluntario, de la nacionalidad étnica, y también su oposición a principios y comprensiones democráticas.

Finalmente advierte como:

“Describo algunos procesos históricos surgidos en Europa y los vinculo con la historia de América Latina. Otra parte del capítulo se detiene en el análisis del problema de la lealtad en relación con lo proyectos nacionalistas y cosmopolitas”. (P, 83).

El texto divide en cinco etapas la construcción nacional costarricense: Un primer período, entre 1821 y 1870, es el de la formación del Estado costarricense, donde sólo el Valle Central conformaría la naciente nación, con exclusión de las demás regiones.

A este primer momento le sigue un periodo especialmente importante para comprender la especificidad del nacionalismo étnico metafísico.

“Es el momento de la construcción de la idea liberal de nación y su implantación en la sociedad costarricense durante el periodo 1870-1914. Lá.nación se inventa entonces bajo la hegemonía de la llamada oligarquía cafetalera. Las marcas de identidad son la homogeneidad racial de un país blanco, la distribución equitativa de la tierra, la existencia de más maestros que soldados, la ideología del progreso, y, en consecuencia, la asunción de la experiencia colonial hispánica como una época oscura. El sistema escolar juega un importante papel en la difusión de esas señas de identidad nacional, mediante himnos, cantos y ceremonias cívicas. Pero son los obreros y artesanos urbanos, y los pequeños productores de café, los primeros receptores y transmisores de esa nación inventada por los liberales. En la década de 1880 se crearon las principales instituciones de memoria social: el Archivo Nacional, la Biblioteca Nacional, el héroe nacional el Monumento Nacional, la literatura nacional y el Teatro Nacional. La nación es todavía un horizonte de discusión, no un valor absoluto, pues el compromiso de las elites con la cultura nacional es reducido. Quizá ellas seguían percibiendo la originalidad del proceso costarricense como un efecto de Sistema político, no de sus tradiciones culturales (p. 87).

El Tercer período abarca la crisis de la idea nacional liberal. Ubicado entre 1914 y 1948, es el período más rico en debates acerca de los alcances del principio de nacionalidad para la vida política. A ello contribuye la aparición de discursos alternativos sobre la identidad nacional, elaboradas fundamentalmente por dos grupos: los intelectuales críticos del orden liberal, y los círculos de obreros y artesanos organizados en torno a ideas anarquistas, socialistas y comunistas. La percepción de la nación amenazada, que es terreno de disputa ideológica, difiere en la naturaleza de la amenaza. Para unos es el capital extranjero y la expansión de los Estados Unidos. Para otros son las ideas exóticas y radicales.

Un cuarto momento es el de la consolidación de Costa Rica como una nación democrática y moderna. Institucionalmente, entre 1948 y 1980 El país deja de reducirse al Valle Central y

se gesta una nacionalización de los espacios periféricos: Limón y Guanacaste. Los rasgos atribuidos a la identidad nacional se condensan en dos viejas metáforas: El paraíso en los trópicos, la suiza centroamericana. Hay un acrecentamiento de la sensación de ser una sociedad excepcional y superior en el ámbito de otras sociedades centroamericanas; esta supuesta superioridad se convierte en una especie de mentalidad desde la cual son leídos todos los actos de la vida del país.

La abolición del ejercito en 1948, la fundación de la Universidad de Costa Rica en 1941, las publicaciones filosóficas, el desarrollo de las comunicaciones y la cultura de masas, el papel del Estado interventor, sobre todo en la difusión y masificación de la enseñanza media, serán elementos importantes para la cristalización y difusión de ese nuevo proyecto de nación (P, 89).

A juicio de Jiménez, las dos últimas décadas del siglo XX, empieza a delinarse un nuevo momento de este proceso:

“Acerca de él, por ahora, sólo poseemos algunas intuiciones inconexas. Al mismo tiempo, algo esencial, ha ocurrido en el trabajo analítico e histórico dedicado a pensar la invención de la nación y la nacionalidad costarricenses. En su interior se han ido elaborando materiales y herramientas teóricas con las cuales discutir las interpretaciones insostenibles de los nacionalistas metafísicos”. (P, 89).

La imposición en nuestras sociedades del modelo neoliberal de existencia, con sus planes de Ajuste estructural primero, y hoy (año 2000) con su pretendido Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, parte de la estrategia de una globalización homogenización unilateral, norte céntrica y perversa marca lo estertores de esa pretendida excepcionalidad costarricense ideologizada por estos autores.

Jiménez enfatiza, que lo esencial en el giro de las interpretaciones de lo “nueva historia” tenga que ver con el reconocimiento de las limitaciones políticas del principio étnico de nacionalidad como sostén de la vida democrática. El autor, destaca dos hechos sobresalientes de este fenómeno: el desgaste ideológico

del nacionalismo étnico metafísico y la pérdida estatal de hegemonía respecto de la elaboración del imaginario nacional. “En ese lugar vació han irrumpido, desde hace algunos años, los Medios de Comunicación y nuevos sectores sociales y económicos. Ellos sostienen ideas de eficacia, productividad y competitividad, tomadas de los contextos de mundialización económica y tratan de articularlas con un principio de nacionalidad interpretado en nuevas direcciones. Los problemas de integración regional, la inmigración nicaragüense, los problemas de integración social de la población más pobre y más joven, pero sobretudo el desgaste de la credibilidad del sistema político son algunos de los límites más importantes del proyecto nacional costarricense”. (P, 91)

Luego de este apartado, el autor repasa una serie de bibliografía actualizada que condensa la discusión sobre Estados, Nacionalidades y Nacionalismos. Concluyendo al respecto, como si bien, los personajes y políticos costarricenses contemporáneos parecen tener claro el carácter procedimental del sistema democrático. Al mismo tiempo, han dejado de reducir conceptualmente la democracia a un mero procedimiento electoral (la fiesta de cada cuatro años) e incluyen, como componentes necesarios, el pluralismo, y la competencia política, la participación ciudadana, las libertades públicas, el equilibrio de poderes, la tolerancia. Postulan como principios básicos de la democracia, el respeto de Derechos Humanos y la soberanía del pueblo o autogobierno. Hablan del importante papel jugado por la negociación y el diálogo de actores políticos inteligentes y de movimientos sociales diversos. Pero curiosamente siguen asociando la evolución de la democracia a “la pequeña propiedad campesina, a la pobreza, al olvido de las épocas de la colonia”, y no son capaces de proponer estrategias sociales y políticas de lucha que vayan más allá de sus desgastados proyectos partidarios. Es decir, siguen presos de una confusión entre comprensiones ciudadanas de la vida política y social y comprensiones nacionalistas. En ellos se torna evidente la fuerza de ciertas narraciones y metáforas, que siguen operando en ausencia del mundo para el cual fueron construidas sus significaciones” (P, 137).

El capítulo III está dedicado al análisis de conceptos como la metáfora, la narración, lo imaginario y la ficción que sostienen el discurso del nacionalismo étnico metafísico. Basándose en autores significativos como Paúl Ricoeur, Hans Blumenberg y Cornelius Castoriadis, el autor concluye como ese transfondo vital simbólico de lo metafórico, de lo imaginario emplazaría al trabajo historiográfico y filosófico propiamente dicho.

Al iniciar la segunda parte del libro *Metáforas de la Nacionalidad*, el autor señala como en la primera parte, ha analizado la ambigüedad de los recursos metafóricos y narrativos de significación. A veces legitimando sistemas políticos opresivos, en otras ocasiones colaborando con el dibujo de modelos democráticos. Las narraciones pueden servir para silenciar o para hacer justicia a la historia de las víctimas. Ha subrayado oposiciones importantes a la hora de comprender la organización política y social, enfatizando como lo moral y políticamente relevante para el principio de nacionalidad no coincide con aquello que el principio de ciudadanía considera imprescindible, la promoción de actitudes efectivamente universales choca con la enseñanza de imaginarios excluyentes e inhóspitos.

Nos anuncia que la segunda parte está dedicada al análisis específico de las metáforas que han sostenido, en el interior de la sociedad costarricense, ciertas comprensiones de la nacionalidad. El cuarto capítulo reúne algunas de las reflexiones previas acerca de los usos metafóricos, y los coloca en relación con el proceso de construcción de la nacionalidad costarricense. El capítulo quinto describe algunos de los rasgos principales de la metafórica liberal de finales del siglo XIX principios del XX. En especial, enuncia los soportes institucionales y las estrategias discursivas del proyecto liberal de "blanqueamiento" de la población costarricense. También describe la elaboración de las fronteras étnicas internas y externas.

El capítulo sexto distingue y articula los diversos componentes de la metafórica del nacionalismo étnico metafísico. Las metáforas ligadas a la racionalidad de la raza y a su individualismo,

a la pobreza y la independencia, a los espacios geográficos sagrados, todos ellos determinantes de un supuesto destino democrático, son estudiadas y ordenadas. Si bien, no puede afirmarse que formen un tejido homogéneo; es posible seguir algunos nudos en los cuales los hilos metafóricos se refuerzan unos a otros y potencian su capacidad de sostener conductas y relaciones sociales de cierto tipo.

"En este último capítulo también se intenta marcar las posibilidades de oponer a ese tejido informe, pero lleno de consecuencias, lo que hasta ahora es solo un conjunto posible de alternativas. Señalo algunas líneas todavía borrosas de un territorio en el cual pueden articularse imaginaciones generosas y democráticas, diseños constitucionales dibujos de autonomía y tolerancia, movimientos y luchas sociales". (P, 169).

Afirma Jiménez como los nacionalistas metafísicos se inscriben en una tradición nacionalista que los precede casi cien años. Su discurso particular, el nacionalismo étnico metafísico, aporta una nueva articulación narrativa de los restos de un tipo particular de discurso liberal ya agotado hacia 1940. Esto permite hablar de un tipo de discurso simultáneamente novedoso, por su horizonte de sentido, y antiguo por sus temas. La narración nacionalista sostenida por trabajo de aquellos filósofos e intelectuales acompañara la historia de la sociedad costarricense durante el resto del siglo XX.

En lo que nos parece la tesis fuerte del libro que examinamos, el autor afirma como desde la Independencia ocurrida en 1821, y hasta mediados del siglo XX, ni siquiera los presidentes de la Nación eligieron estrategias discursivas nacionalistas tan arbitrarias. En sus proclamas presidenciales no existe la tendencia a exaltar figuras heroicas. No hay ninguna pretensión de encontrar ya configurada la nacionalidad costarricense en la época colonial o en el fondo de los tiempos:

"La definición de la nacionalidad era, para los gobernantes, de naturaleza política, no étnica ni cultural".

Pero los nacionalistas metafísicos naturalizan la idea nacional costarricense y narran una continuidad étnica y social desde los conquistadores hasta la época contemporánea. Este nacionalismo étnico metafísico es una invención reciente que ofrece desde el discurso filosófico un marco metafísico de comprensión del ser nacional". (P.172).

Lo anterior permite considerar, a juicio de Jiménez, el trabajo de los nacionalistas metafísicos como un momento novedoso -frente a escritores de su época y aún frente a ciertos actores políticos hegemónicos- en el largo proceso de la invención de la nacionalidad y de la nación costarricense. Sus mecanismos de legitimación de la nacionalidad y de la nación, reiterativos en algunos aspectos pero inéditos en otros, quizá por su íntima vinculación con tramas sociales y políticas relativamente nuevas, tendrán una resonancia pública considerable. Aún hoy es posible seguir sus ecos en producciones intelectuales, prácticas públicas y percepciones sociales.

El texto a continuación se concentrará en analizar las distintas metáforas; las estrategias: fundamentalmente el Discurso liberal de blanqueamiento; las metáforas de nacionalidad.

El capítulo V se enuncian los rasgos principales del nacionalismo liberal costarricense de finales del siglo XIX, allí el autor, ha tratado de reconstruir, brevemente, las condiciones históricas en medio de las cuales surge. Asimismo, de precisar la estructura metafórica que sostiene su discurso.

En primer lugar se analizan las metáforas del blanqueamiento, analiza Jiménez, como buena parte del proyecto político liberal se asentó en estrategias discursivas e institucionales de blanqueamiento de la población. A partir de 1880, los intelectuales liberales (del Olimpo) empiezan a crear consenso en torno a la homogeneidad racial costarricense. Ello supuso transformar un conjunto de datos que mostraban la heterogeneidad constitutiva de la población. Al empezar el siglo XIX, aparte de una pequeña capa de españoles, el reto de la población costarricense era mestiza. Sin embargo, a mediados de ese siglo, y sin que hasta ahora se haya explicado cómo sucedió, la narrativa nacionalista borra

la herencia étnica africana y las distinciones e identidades étnicas de carácter oficial. No se habla más de los mulatos, los pardos, los esclavos negros o los diversos grupos indígenas.

Asimismo, la población mestiza y española pasa a ser designada oficialmente y sin más como "blanca".

"Con el fracaso del ferrocarril nacional y la llegada al país de grupos de trabajadores de "raza y cultura distintas", el proyecto político de blanqueamiento de la población fue reforzado. El estado liberal opta por un discurso nacionalista de tipo terapéutico, es decir, de apoyo a medidas sanitarias para conservar la raza blanca. Los informes de los funcionarios estatales, pronunciamientos del Ministerio de Gobernación y de la policía, leyes y demás, empiezan a contener en sus márgenes y sus centros advertencias contra la mezcla racial por los males físicos; morales; económicas y políticos que traerla. Para que el organismo nacional mantuviera su pureza, creciera y produjera, el Estado liberal introdujo un conjunto de políticas de intervención, de protección social y de sanidad" (P, 196)

La provincia de Limón y sus habitantes negros van a ser las víctimas propiciatorias de esta estrategia estatal y no será sino mucho después de los acontecimientos del 48 que poco a poco- -pero siempre en desventaja al resto del país- que este contingente ciudadano se integre a la nación.

El texto como la metáfora de la blancura permite comprender cómo se ha percibido y cómo se ha respondido políticamente a las fronteras étnicas internas. Siendo las principales la población negra y la población indígena. Respondiendo con sus ritmos y modelos históricos de con la blancura, a estrategias globales de poder, dirigidas estatalmente pero producidas por condiciones no siempre públicas. Estas estrategias suponen la elección de un modelo civilizador integrador mediante la educación en el caso de los indígenas y de un modelo de higiene social para el caso de negros y chinos. Estos modelos no siempre se cumplían pero ilustraban las diversas maneras consideradas por el Estado liberal

para garantizar el progreso nacional frente a los efectos de la barbarie o el cáncer social supuestamente causados por esos grupos étnicos.

El autor, como en el resto de lo que falta de este último capítulo se concentrará en el análisis de la metafórica del nacionalismo étnico metafísico, si bien no todos los elementos han tenido la misma importancia: la blancura, la pobreza, la eternidad, el aislamiento, el individualismo, adquieren un rasgo especial y son particularmente utilizados y entrelazados.

“La racionalidad y el destino son dos de los temas más recurrentes del nacionalismo étnico metafísico. Su función en ese discurso es proponer como criterios de organización social factores inmutables y fatales.

Ante ellos los seres humanos no parecen tener elección. De hecho, la supuesta racionalidad del pueblo y del Estado costarricense, expresada en la organización democrática, es imaginada como algo inscrito en los rasgos étnicos de la población” (p, 215)

A continuación se analizan los significados de metáforas que vinculan la historia costarricense con algunos espacios sagrados, y con la igualdad producida por la pobreza y el aislamiento cultural.

Finalmente, se reflexiona en torno os vínculos entre el discurso filosófico, las víctimas y los poderes. Valiéndose de la metáfora historiador alemán Blumenberg “naufragio con espectador” se discierne cuán cerca o cuán os estuvieron aquellos filósofos de ejercer su oficio como un oficio democrático. Jiménez observa como la principal diferencia entre los nacionalismos del siglo XIX y del XX, junto a la distinción entre tendencias metafóricas, es la disolución del lazo entre la metafórica y el proyecto político del período:

“La curiosa impresión producida por la lectura del corpus filosófico en el cual se elabora dicha metafórica es la de una deriva. La sensación es la de estar ante narración delirante que ha renunciado a referirse al mundo cotidiano

correspondiente. En su lugar parece haber elegido como horizonte de comprensión el mundo de las fábulas y la fantasía, o el de la trascendencia metafísica. El nacionalismo étnico metafísico se abandona a ese extravío sin apenas preocuparse de articularse con el proyecto de una sociedad en ciernes “P, 218).

Interesante nos parece la distinción que el autor establece entre los intelectuales liberales y los nacionalistas metafísicos, en tanto sostienen sus respectivos mundos en estructuras metafóricas diferentes. Los “del olimpo” (nos llama la atención que Jiménez no use esa denominación ya clásica en la historiográfica costarricense) utilizan una metafórica taxonómica. Esta les permite acomodar las demandas y las desigualdades de su momento. La blancura y la racionalidad suponían garantías seguras para lograr insertarse en el mercado capitalista de su tiempo. Sus metáforas no retocan el mundo colonial. La búsqueda del progreso exigía percibir la propia época liberal como la superación de un período oscuro. De allí que no convenía elaborar una narración idílica, igualitaria, de la Costa Rica colonial.

Los nacionalistas metafísicos dibujan una metafórica metafísica. Borran las peripecias del proceso histórico para colocar en su lugar una edad de oro que no acaba. Mediante términos de corte metafísico y romántico: como espíritu, alma, ser, esencia, del pueblo y la nación, intentan recuperar la colonia como una edad dichosa, donde todos y todas seríamos igualitarios y pobrecitos. En el fondo ideológicamente se trata de una estrategia retroactiva con el propósito de crear consenso y legitimar un proyecto de sociedad que se supone democrático, igualitario y pacífico.

“Los nacionalistas metafísicos interpretan la historia de Costa Rica como el producto de una organización racional de la vida social. Esta racionalidad se sustentaría, sobre todo, en los rasgos étnicos de la población costarricense. El horizonte usual de contraste de la racionalidad étnica costarricense está situado en los pueblos de Centroamérica y el Caribe. Estos son vistos como “productos del mestizaje

y de razas irracionales, poco laboriosas, violentas e incapaces de organizar racionalmente la vida política y el Estado”: Su irracionalidad constitutiva explica, según nuestros filósofos, por qué los países vecinos padecen una tendencia irremediable al desorden y al desastre” (P, 223).

A continuación se analizan una serie de metáforas como las espaciales, siendo ellas: Blancura como continuidad hispánica, Permanente independencia, realidades desplazadas, El valle y los labriegos, individualismo espacial y racial.

Asimismo, las metáforas de la pobreza, así como la muy publicitada por el Partido Liberación Nacional y sus historiadores de cabecera Rodrigo Facio y Carlos Monge Alfaro de la democracia rural:

“Para Carlos Monge Alfaro la razón de la pequeña propiedad es la miseria vivida entre el siglo XVII y el XIX. Rodrigo Facio prefiere hablar de una economía cerrada. En ambos casos, el país es descrito como una sociedad de labradores, dueños de pequeñas parcelas, un cuadro de democracia rural diseminado oficialmente tras la guerra civil 1948.

Pero la investigación histórica reciente cuestiona seriamente esta fascinante imagen de un mundo de pequeños territorios propios, sin lazos comerciales; sin desigualdades ni conflictos”.

Finalmente estos relatos tan vividos en, por ejemplo, las inmortales obras de Magón, o de Aquileo Echeverría descansan en un olvido básico: la sociedad del caté como una sociedad conflictiva, con relaciones comerciales bastante asimétricas, de sometimiento a la “peonada” de luchas ingentes por la tenencia de tierras.

Como punto final se abra paso el análisis de una metáfora que en los últimos tiempos ha sido muy remantizada por nuestros gobernantes neoliberales; cual es la del destino democrático.

La democracia es presentada como un dato racial sin relación con la historia y con la construcción de procedimientos e instituciones.

Para nada hay una preocupación filosófica por analizar tramas sociales y patrones de relación que potencien la negociación, la integración y el derecho. Surge, junto a otras virtudes, del individualismo hispánico. Se mantiene por él y a él se reduce. Para su funcionamiento no parecería hacer falta ningún tipo de educación, ni contrapesos, ni derechos, ni formación política, pues de todos modos la determinación operada sobre ella por la sangre es tal que no puede ser transformada ni destruida. Lo que la sangre determina no puede ser elegido y, por lo tanto, no puede ser cambiado.

Esta parte del libro finaliza con una excitativa del autor -que sin duda, compartimos en su totalidad-:

“Podemos, por ejemplo, reclamar sociedades decentes en las cuales habitar. Es posible ayudar a construir culturas abiertas, hospitalarias, generosas. Eso es posible si se lo busca adecuadamente. Obviamente, los filósofos tienen en ello un papel muy modesto; pero han de jugarlo. No tienen derecho a desentenderse de sus responsabilidades morales y políticas. Han de seguir reclamando a tiempo y a destiempo países en los cuales no se humille a las víctimas. Debemos aprender a desear sociedades sin víctimas. Eso no es todavía mucha- pero es necesario” (P.259).En la conclusión, que el autor llama como: “Asuntos finales para otros comienzos”, se enfatiza como en la apertura al mundo cotidiano, y a la historia de los pueblos, de sus_ gentes, el discurso y el quehacer filosófico puede encontrar una útil herramienta en los recursos metafóricos y de ficción. La ficción es un modo de renunciar a esa neutralidad ética que exige observarlo todo de lejos, y es uno de los mecanismos para que lo inolvidable permanezca intacto en su carácter individual. La conciencia del horror no puede ser apropiada sino mediante la ficción. Esta permite narrar la experiencia de las víctimas gracias a su poder para suscitar una “ilusión de presencia”.

“La metáfora del “naufragio con espectador” puede ser útil para pensar esa compleja experiencia que es la reacción ante la desgracia

ajena. Asimismo, puede ayudar a descifrar la tendencia del discurso filosófico a mantener la seguridad de la orilla, a permanecer alejado de los naufragios. Finalmente, puede ayudarnos a comprender algunas de las tendencias contemplativas de los nacionalistas metafísicos” (P.263).

Sin duda el presente texto representa un excelente esfuerzo en la búsqueda por avizorar y reflexionar por la siempre inacabada búsqueda de la invención de la nacionalidad y de la nación costarricense.

Como una carencia de la investigación, apuntamos el inexistente análisis que Jiménez, hace del elemento y de la institucionalidad religiosa en la conformación de este imaginario societal que hasta la fecha ha sostenido a la sociedad tica. Como bien ha señalado un comentarista la Iglesia Católica vendría a ser la “tercera pata” que junto a los partidos políticos y a los intelectuales nacionalistas metafísicos han legitimado este modelo de convivencia que hoy

-que duda cabe- ha empezado a desbaratarse y a tener cada vez menos credibilidad.

El presente aporte del filósofo Jiménez nos confronta en esta particular coyuntura histórica tanto como individuos que como sociedad, ante una realidad que no podemos ignorar, ¿cual es la Costa Rica que estamos forjando? De la respuesta y aclaración que demos en los próximos años, se conformará nuestro destino en ello se nos va la vida.

Es de esperar que la senda abierta por esta obra, motive y confronte al gremio de colegas filósofos a enfocar sus investigaciones en temas más cercanos a nuestras realidades existenciales y como pueblo y se dejen de estar anclados en heideggerismos y otras yerbas postmodernas como ha sido la nota predominante en los últimos años.

Como es costumbre el cuidadoso trabajo y el buen gusto de la Editorial de nuestra Universidad, a nivel formal y de diseño, se hace presente una vez más al proporcionamos un texto de este calibre. Ojala se siga por ese promisorio rumbo.